

Los *Besos* de Juan Segundo (traducción española, inédita, de Juan Gualberto González)

VICTORIANO PUNZANO
Biblioteca Menéndez Pelayo, Santander

1. El manuscrito

Joannis Secvndi / Poetae Haiigiensis / Basia 19. / Los 19 Besos de Jvan Segvndo / Poeta Holandés. / Bruselas 1833. Así reza la portada de un manuscrito encontrado recientemente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo de Santander. Su letra es de la segunda mitad del siglo XIX; tiene 1 hoja y 82 páginas, de 210 × 155 y caja de escritura variable. Su contenido es: I. Noticias de la vida y escritos de Juan Segundo, pp. 1-9; II. El texto latino de los *Besos* en una página, y la traducción española en la otra, pp. 10-78; III. Finalmente, sendas versiones de los besos 1.º y 3.º, y variantes de otros, pp. 79-82.

2. El traductor

Por ninguna parte del manuscrito aparece el nombre del traductor; sin embargo, no fue difícil averiguar su identidad. En la *Biblioteca de Traductores Españoles*, II, p. 153, edición nacional, de Marcelino Menéndez Pelayo, encontramos la respuesta dentro del apartado dedicado a Juan Gualberto González, noti-

cia que, a su vez, él toma del *Catalogus librorum* del Marqués de Morante, VIII, pp. 482-93, quien también en un folleto titulado *Biografía de Juan Segundo*, p. 16, afirma: «Nuestro sabio D. Juan Gualberto González, hablando de los *Besos* de Juan Segundo, en un manuscrito suyo inédito que poseemos».

3. El texto

El Marqués de Morante dio a conocer del manuscrito de Juan G. González solamente parte del prólogo y la traducción de los besos 1.º, en dos versiones, 6.º, 7.º y 13.º; este último Menéndez Pelayo dice ser el 12.º. A la vista del texto, que Gómez de la Cortina nos facilita en su *Biografía de Juan Segundo*, lo primero que se aprecia es que no es coincidente con el que nosotros presentamos. Las variantes entre ambos textos nos parecen suficientemente significativas como para ofrecer algunas muestras, aunque, por lo limitado del espacio de un artículo, transcribiremos únicamente las del prólogo dejando para el pie de página la indicación de las correspondientes a la traducción.

Gómez de la Cortina omite los tres primeros párrafos de la «Noticia y escritos de Juan Segundo», comenzando en el cuarto:

Gómez de la Cortina

Entre sus producciones obtienen la preferencia los XIX *Besos*. El autor de la *Biblioteca de un hombre de gusto* los califica diciendo que son como los primeros ímpetus de una alma llena de ternura, voluptuosa y apasionada. En efecto, sus imágenes son naturales, y sus descripciones, en que se ajustó más que *Catulo* (lo cual no es mucho decir) a las leyes de la honestidad, tanto más interesantes cuanto son la expresión sencilla y verdadera de una alma que sólo respira amores.

Nuestro manuscrito

Entre sus producciones obtiene la preferencia *Los 19 Besos*. El autor de la *Biblioteca de un hombre de gusto* los califica diciendo que son como los primeros ímpetus de un alma llena de ternura, voluptuosa y apasionada. En efecto, sus imágenes son animadas, naturales y vivas; y sus descripciones, en que se ajustó más que *Catulo* (no es mucho decir) a las leyes de la honestidad, tanto más interesantes cuanto son la expresión sencilla y verdadera de su alma que sólo respira amores.

El párrafo quinto del Marqués de Morante, que se refiere a la inexistencia de traducciones castellanas de los *Besos*, viene en nuestro texto como nota del «copiante» al pie de página. También aquí continúan las variantes, aunque de menor entidad en esta ocasión.

Después, en el siguiente, el texto de Gómez de la Cortina forma un solo cuerpo con el quinto párrafo de nuestro manuscrito, pero con variantes:

Gómez de la Cortina

En francés hay dos traducciones en prosa, de las cuales se dice que la primera hubiera sido más digna del original si a las bellas dotes de una prosa elegante y sonora acompañasen aquella sensibilidad y viveza que tanto resaltan en el modelo; y que la imitación que hizo en verso *Dorat* es, como la mayor parte de sus obras, más amanerada que natural, observándose que las imágenes más patéticas del amor se encuentran de ordinario como ahogadas en el exceso de los adornos y de los conceptos alambicados.

Nuestro manuscrito

No tenemos traducción alguna en castellano. En francés hay dos en prosa, de las cuales se dice que la primera hubiera sido más digna del original, si a las buenas dotes de una prosa elegante y armoniosa acompañasen aquella sensibilidad y belleza que tanto resaltan en el modelo. Y que la imitación que hizo *Dorat* en verso es como la mayor parte de sus obras más amanerada que natural, observándose que las imágenes más patéticas del amor se encuentran de ordinario como ahogadas en el exceso de los adornos y los conceptos alambicados.

Y al final, Gómez de la Cortina introduce un párrafo del que nuestro texto carece:

Gómez de la Cortina

Y espero que los inteligentes han de aprobar estas licencias (que no son en gran número), y más no tra-

Nuestro manuscrito

Y espero que los inteligentes han de apreciar estas licencias, que no son en gran número. Y para los que

tándose de un texto tan venerado como el de Virgilio y Horacio, en cuyas traducciones, aun las del mismo *Fray Luis de León*, se disgustan sus aficionados cuando sobran o faltan pensamientos, o los hallan desleídos o expresados de manera diferente. El texto de *Juan Segundo* no se halla en este caso; y para los que no gustan (ni yo tampoco) de tanto besuqueo ni de tanta desnudez, hubiera yo trabajado como al final del beso XII en disfrazar de metáforas o con otras imágenes, principalmente el V, X y XVI, si no temiese desfigurarlos del todo, y si no bastasen a disculparme los ejemplos de otros Poetas originales, imitadores y traductores, con fama de castos y de filósofos, que se leen y andan con aplauso y recomendación de modelos en manos de la juventud estudiosa. Que bien pudiera yo decir: «*j'ai vu les mœurs de mon temps, et j'ai traduit les Baisers de Jean Second*».

no gustan (ni yo tampoco) de tanto besuqueo, ni de tanta desnudez, hubiera yo trabajado como al final del Beso 12, en disfrazar con metáforas, o con otras imágenes, principalmente el 5.º, el 10.º y el 16.º si no temiera desfigurarlos del todo; y si no bastasen a disculparme los ejemplos de otros poetas originales, imitadores y traductores, con fama de castos y de filósofos, que se leen y andan con aplauso y recomendación de modelos en manos de la juventud estudiosa. Que bien pudiera yo también decir: «*J'ai vu les mœurs de mon temps, et j'ai traduit les Baisers de Jean Second*».

A la vista de las variantes apuntadas, que no son todas, se desprende que Gómez de la Cortina no parece que manejaba el «manuscrito suyo / de Juan Gualberto González / inédito», sino también una copia. Por otra parte, el texto del *Catalogus librorum*, que transcribe Menéndez Pelayo, y el que leemos en el folleto *Biografía de Juan Segundo* no son coincidentes; al contrario, presentan variantes tales que nos hacen pensar que el Marqués de Morante usó de copias distintas en cada caso.

4. Traducciones españolas de los «Besos»

Cuando Menéndez Pelayo escribe la reseña sobre Juan G. González, 14 de marzo de 1876, se habían publicado ya dos traducciones; una, la impresa en Córdoba, en 1834, de la cual da noticia el propio Juan Gualberto, según el Marqués de Morante, o el copiante, según el manuscrito de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, cuya portada reza así: *Los besos. Juan Segón, traducido del latín*. Es de autor anónimo. La otra es del Padre Arolas en: *Poesías de D. Juan Arolas*, III vols. (Valencia, Imprenta de Monpié, 1842), III, pp. 1-41. Ambas en prosa.

José R. Lomba y Pedraja en *El P. Arolas, su vida y sus versos* (Madrid, 1898), p. 172, dice que «la traducción de Arolas no lo es de los versos latinos de aquél [de Juan Segundo], sino de la versión francesa, en prosa, de Mirabeau. A ésta la sigue a la letra, conviniendo hasta en la sustitución del nombre de Neera por el de Sofía», como se puede apreciar en el beso 4.º cuya traducción ofrecemos:

No da besos mi querida Sofía, que da néctar; exhala olor delicioso de nardo, de tomillo, de cinamomo y de miel semejante a aquella que las abejas cogen en el monte Himetto o en los rosales de los cecropios campos, depositadas en pequeñas celdillas de su gruta de mimbres. ¡Sofía! Tu aliento respira los perfumes más suaves... si yo saboreo largo tiempo tus caricias, si yo me enajeno con tus besos, ellos me harán inmortal y partiré con los Dioses la ambrosía de que se alimentan... Pero guarda tus favores, ¡mi Sofía!... Niega a tu amante los voluptuosos besos, o alcanza como yo la inmortalidad... Yo no quiero, sin ti, ser admitido en los banquetes de los Dioses... No... Sin ti no admitiría yo el trono del mismo Júpiter, cuando todos los dioses coligados contra él me ofreciesen el trono del universo.

Foulché-Delbosc publicó en la *Revue Hispanique*, I (1894), p. 74 y ss., «Los Besos de amor de Juan Segundo, traducidos por el Dr. D. Juan Meléndez Valdés»; sin embargo, y a pesar del título, como el propio Foulché indica, ni es una traducción, ni tan siquiera una imitación, aunque, como apunta Juan Gualberto González, o el copiante, «hay imitaciones y pensamientos tomados del autor, como pueden verse en Meléndez las odas, 23, 31 y

51, tom. 1.º (Madrid, 1820) en las cuales se ven reproducidos el plan y las ideas de los Besos 4.º, 11.º y 19.º».

Después del Padre Arolas no encontramos durante el siglo XIX publicación alguna de nueva traducción española de los *Besos*; posiblemente pesara en nuestros humanistas aquello que Menéndez Pelayo dijera sobre Juan Gualberto González: «Existen además dos traducciones suyas, que no se atrevió a dar a la estampa y que, por las noticias y trozos que de ellas conocemos, en nada desmerecerían de las de Horacio, Virgilio, Calpurnio y Nemesiano. ¡Lástima que sean de composiciones un tanto escabrosas y no muy propias para ser impresas en lengua vulgar! Una edición, no obstante, de limitados ejemplares, una copia en la Biblioteca Nacional bastarían a poner tales versiones al alcance de los eruditos y humanistas, sin exponerlas a los vientos de la publicidad. En último caso debieran publicarse expurgadas, medio no muy aceptable, pero preferible siempre a la completa pérdida y olvido de estos manuscritos» (*Biblioteca de Traductores Españoles*, II, p. 151).

A principios de nuestro siglo podemos ya leer una versión poética del poema de Juan Segundo, aunque su autor se cuidó muy bien de no darla a la luz pública, siguiendo seguramente la tendencia escrupulosa y rigorista de la moral al uso de los tiempos de Menéndez Pelayo. Fue publicada por los herederos, y bajo seudónimo. Se trata de *El poema de los besos por Juan Segundo*. Traducción de Luis de Avilés (Madrid, Tip. Artística, 1914). Luis Avilés no es otro que Carlos Fernández Shaw, quien se dirige *Al lector* así: «No me extrañaría que, hasta el momento presente, desconocieras al autor de *Los besos*; que ignoraras, como yo ignoré durante muchos años, que existió ese poeta, flor de un día, sólo conocido, en verdad, aquende el Pirineo, por las personas muy versadas en asuntos literarios». Fernández Shaw prosigue su prólogo con unas breves noticias biográficas de Juan Segundo e indica que sus fuentes proceden de «una disertación latina de Pedro Bosch, profesor de Literatura en la Academia de *Deventer*, que publicó en Leyden las obras de Juan Segundo, allá por el año 1820, y el prólogo que figura en una edición francesa

de *Los besos*, dada a luz por la *Librería de los Bibliófilos de París*, en 1872».

La traducción de Carlos F. Shaw sí tiene presente el original latino de los *Besos*, apartándose de este modo de la versión anónima de Córdoba y de la del P. Arolas, aunque también traduce el nombre de Neera por el de Laura, atendiendo indudablemente a razones métricas, como se aprecia en el beso 4.º:

No; no son besos los que da mi Laura.
Néctar son. En su aliento perfumado
se gustan los finísimos aromas
de la mirra, del nardo y cinamomo.
Son una miel tan sólo comparable
a la que liban múltiples abejas
en las dulces vertientes del Himeto
o en las rosas del Ática, —tan ricas
en pompa, y en perfumes y en colores—
por dejarlas después, unas con otras,
en las celdillas de la cera virgen.

Si yo gustara mucho de sus besos
de pronto en inmortal me trocaría.
Me alimentara con manjar de dioses.
Pero no, Laura, no; yo no quisiera
merecer tal favor, si tú no fueres
inmortal a tu vez. Jamás, oh Laura,
sin que te mire junto a mí, dichosa,
querré gozar de célicos banquetes;
aunque diosas y dioses, destronando
a Júpiter olímpico, me ofrezcan
el cetro poderoso de los mundos.

La traducción de los *Besos* de Juan Gualberto González, cuarta española en el orden de publicación, que no de ejecución, constituye, en primer lugar, un nuevo paso para desenterrar del olvido a «ese poeta, flor de un día», en frase de Fernández Shaw, que fue Juan Segundo a quien, «a cambio de una vida muy corta, los hados te conceden un nombre eterno, y te arrancan del Elíseo para que no puedas sobrepasar a los antiguos y grandes poetas a quienes tú ya habías igualado en este tan reducido tiempo», cual figura en el epigrama que a la muerte del joven poeta dedicó Andrea Alciato según leemos en *Iohannis Secvndi opera, accurate*

recognita ex Museo P. Scriverii (Lugduni Batavorvm, Apud Franciscum Moyaert, 1651). Por otra parte, con el desempolvamiento de este manuscrito de cuya existencia da noticia Lomba y Pedraja en la obra, más arriba citada, *El Padre Arolas, su vida y su poesía*, queremos contribuir a un mayor conocimiento de un humanista español de quien Menéndez Pelayo dijo:

El nombre de este humanista excelente no es tan conocido como mereciera, dado el número, importancia y esmerada ejecución de sus versiones. Varón tan modesto como docto, jamás pensó en que las obras por él emprendidas para distracción y solaz de más graves tareas pudieran traspasar el breve y escogido círculo de sus amigos. Pero ni el bibliógrafo ni el historiador literario olvidarán que D. Juan Gualberto González, traductor egregio de la *Poética* de Horacio, de las *Eglogas* de Virgilio, Calpurnio y Nemesiano, de los *Amores* de Ovidio y de los *Besos* de Juan Segundo; autor de investigaciones ingeniosas y curiosos ensayos métricos, consumado filólogo, no ayuno de erudición helénica y con pocos rivales en la latina, brilló en la extinguida pléyada de entusiastas cultivadores de las letras clásicas con méritos no muy inferiores a los de Burgos, Hermosilla, Pérez de Camino, Castillo y Ayensa y otros varones doctos que en las primeras décadas del presente siglo consagraron sus tareas a trasladar a nuestra lengua aquellos vates de la antigüedad. (*Biblioteca de Traductores Españoles*, II, p. 144).

Por lo que respecta al mérito de esta traducción, sean nuestros lectores quienes juzguen de su bondad después de haber leído a Menéndez Pelayo, e independientemente del mismo.

Transcripción del manuscrito

- I. Noticia de la vida y escritos de Juan Segundo
- II. Traducción española de los *Besos*

I. Noticia de la vida y escritos de Juan Segundo

Entre los poetas latinos modernos goza muy distinguido lugar Juan Segundo. Nació en la capital de la Holanda en 1511. De edad de 18 años pasó a Brujas y allí tomó del célebre Alciato algunas lecciones de jurisprudencia hasta que, al fin disgustado de la aridez y escabrosidad de la ciencia, pasó a Italia¹ y de allí a España donde fue secretario del Arzobispo de Toledo² por cuyo consejo, según quieren algunos, siguió a Carlos Quinto en la jornada de Túnez.

La delicadeza de su temperamento le obligó a dejar España y vuelto a los Países-Bajos, murió en Utrec en la temprana edad de 25 años.

¹ El Marqués de Morante, en su *Biografía de Juan Segundo*, dice: «Su viaje a Italia es quimérico, porque el mismo *Juan Segundo* nos ha dejado la relación de todos los viajes que hizo, y en ella no hay la menor alusión a éste. No hay tampoco tiempo en que pudiera emprenderlo, como no fuera entre el que hizo a Bourges y a España, como ya veremos después. Y con efecto, los que sostienen que fué a Italia, dicen que lo verificó antes de ir a España. Pero medió muy poco tiempo para que pudiera emprender semejante viaje, porque habiendo salido de Bourges para Malinas el 4 de marzo de 1533, no llegó a su patria hasta el 13 o el 17 del mismo mes. Consta además que estaba allí el 8 de mayo siguiente, y que el 28 de dicho mes emprendió su viaje a España. No pudo, pues, hacer el viaje a Italia en el tiempo que media desde el 17 de marzo al 8 de mayo, es decir, en el espacio de seis o siete semanas» (p. 6); y «Si *Juan Segundo* hubiera realizado el viaje a Italia, ¿cómo no había de habernos hecho una descripción de tan bello país el que en sus poesías elogia a otros países menos importantes?» (p. 11).

² Juan de Tavera.

Compuso gran número de elegías, silvas, epístolas³ y canciones fúnebres, obras en la mayor parte muy estimadas por la facilidad del lenguaje, gracia de estilo y belleza de composición. Solamente puede objetársele de haber en sus versos amorosos aventurado algunas frases que ya degeneran en licencia; y cierto que hubiera sido más honroso a su memoria y a su buen gusto si del todo las suprimiera⁴.

Entre sus producciones obtienen la preferencia *Los 19 Besos*. El autor de la *Biblioteca de un hombre de gusto* los califica diciendo que son como los primeros ímpetus de un alma llena de ternura, voluptuosa y apasionada. En efecto, sus imágenes son animadas, naturales y vivas; y sus descripciones, en que se ajustó más que Catulo (no es mucho decir) a las leyes de la honestidad, tanto más interesantes cuanto son la expresión sencilla y verdadera de su alma que sólo respira amores.

No tenemos traducción alguna en castellano⁵. En francés hay dos en prosa, de las cuales se dice que la primera hubiera sido más digna del original si a las buenas dotes de una prosa elegante y armoniosa acompañasen aquellas sensibilidad y belleza que tanto resaltan en el modelo. Y que la imitación que hizo Dorat en verso es, como la mayor parte de sus obras, más amanerada que natural, observándose que las imágenes más patéticas del amor se encuentran de ordinario como ahogadas en el exceso de los adornos y los conceptos alambicados.

Hay otra posterior a aquéllas, la cual anda con la de las elegías de Tibulo. Es del célebre Mirabeau, de la cual dice él mismo que es la más ajustada al original, y que si en ellas [sic] se observan algunas expresiones demasiado ardientes, culpa es sólo del poeta que, si bien holandés, escribe inspirado del amor y en el idioma armonioso del Lacio; lo cual le presta más energía y un salvoconducto para tomarse ciertas libertades. «La única, añade, que yo me he tomado es la de sustituir [sic] al nombre de su amada Neera el de Sofía; porque me hu-

³ Juan G. González, en nota, p. 2, del manuscrito: «Herrera en las anotaciones a Garcilaso, soneto 16, cita la 11.^a del lib. 2.^o en que “trató della [de la artillería] en algunos versos, diciendo al fin dellos que el autor de este militar instrumento era más digno del rayo de Júpiter que de Salmoneo».

⁴ Hemos visto en la Introducción cómo Menéndez Pelayo aconsejaba una edición de pocos ejemplares.

⁵ En nota, p. 4, del manuscrito: «Hay imitaciones y pensamientos tomados del autor, como pueden verse en Meléndez las odas 23, 31 y 51 tom. 1.^o (Madrid, 1820), en las cuales se ven reproducidos el plan y las ideas de los Besos 4.^o 11.^o y 19.^o Después he visto una traducción en prosa, impresa en Córdoba (1834) la cual, a lo que recuerdo, es hecha de la francesa de Mirabeau, y no del original latino, conviniendo hasta en la sustitución del nombre de Neera con el de Sofía. Nota del Copiante».

biera sido imposible dirigir a otra que a Sofía la copia de tan ardientes expresiones».

Yo he sustituido [sic] también el de Dórila: y no vaya a pensar el pío lector que es algún nombre disfrazado de persona real y verdadera: *Honni soit qui mal y pense*. No tengo, por desgracia, a quién dirigirme, sin que por eso me crea comprendido en la excomunión de una mujer célebre, la cual tenía por infeliz sobre todas las criaturas al diablo, porque no puede amar; sino que a mis amores, *bien que andaluces y no holandeses*, no les vinieran nunca bien las escenas ni las ansias que describe Juan Segundo, y rechazarían la dedicatoria; la cual ha de entenderse más antes con los amigos aficionados al ejercicio de traducir y de versificar, y mejor si anduvieran también «*en la concha de Venus amarrados*». En el nombre sustituido [sic] no hay otro misterio que el de venir a mi cuento, más que el de Neera, para los diversos géneros de metro que he adoptado, y poder variarlo, quedando el mismo sujeto, con el de Doris y con el esdrújulo Dórida, tan al caso para los asclepiadeos o anapésticos, de que hay abundancia en el original latino.

He procurado imitarlos en las composiciones en que el autor los emplea, desechando la traducción que ya había concluido en verso suelto, a fin de que suenen con el mismo compás que se siente al recitarlos en latín; punto de perfección a que debiera llegarse en otra clase de trabajos. Aun he tentado emplear el dístico latino en una pequeña muestra, y que pudiera haberse cultivado más por los sucesores de Villegas.

Esto cuanto a las formas: en lo que toca a la sustancia, como traductor, he procurado también acercarme todo lo posible al texto literal, conservando las mismas ideas, las mismas figuras y aun el giro de la frase: alguna vez ha sido quizá servilmente; en cambio de lo cual en otros lugares me he tomado la libertad de apartarme del texto cuando me pareció que ganaría el pensamiento sustituyéndole [sic] con otro del mismo espíritu, o con otra frase o giro más conforme a la índole de la lengua castellana, y aun al sentido lógico de la composición: éstos van notados con la señal + y espero que los inteligentes han de apreciar estas licencias, que no son en gran número. Y para los que no gustan (ni yo tampoco) de tanto besuqueo ni de tanta desnudez, hubiera yo trabajado como al final del Beso 12, en disfrazar con metáforas o con otras imágenes, principalmente el 5.º, el 10.º y el 16.º, si no temiese desfigurarlos del todo, y si no bastasen a disculparme los ejemplos de otros poetas originales, imitadores y traductores, con fama de castos y de filósofos, que se leen y andan con aplauso y recomendación de modelos en manos de la juventud estudiosa. Que bien pudiera yo también decir: «*J'ai vu les moeurs de mon temps, et j'ai traduit les Baisers de Jean Second*».

II. Los 19 Besos

I

Quando a la excelsa cumbre de Citera¹
la madre del amor al niño Ascanio²
llevó dormido, púsole en un lecho
de tiernas violetas, blancas rosas
sembrando al derredor, y por el bosque
suavísimos olores esparciendo.
Renovósele entonces de su Adonis
la antigua llama, y cunde por sus venas
el no bien extinguido ardor³. ¡Oh cuántas,
oh cuántas veces⁴ quiso enternecida
lanzarse al cuello del amado nieto!
¡Oh cuántas dijo: tal Adonis era!
Mas el reposo plácido temiendo⁵
turbar del niño, en las vecinas rosas
mil besos estampó. Viéronse al punto
desplegando sus cálices, sedientas
de recibir el aura que la amante
Diosa espiraba de sus dulces labios;
cuantas rosas tocaba, tantos besos
nacían de improviso, que a Dione⁶
tornaban el placer multiplicado.
Mas ya la Diosa, de sus blancos cisnes

¹ Citera. Isla del Peloponeso. Fue colonizada por los dorios, y administrada después, sucesivamente, por los espartanos, atenienses, macedonios y romanos. Su fama, en la antigüedad, se debe principalmente al santuario, que en ella se encontraba, dedicado a Venus Afrodita o Venus Urania.

² Ascanio. Hijo de Eneas y de Creusa. Siguió a su padre a Italia; en el Lacio, bajo el nombre de Julio, fundó la ciudad de Alba Longa y dio lugar a la «gens» julia.

³ Menéndez Pelayo transcribe «amor».

⁴ Gómez de la Cortina transcribe: «... ¡oh cuántas / veces, oh cuántas quiso...».

⁵ Variante de Juan G. González: «Pero temiendo el plácido reposo».

⁶ Dione. Ninfa, hija de Urano y de la Tierra. De sus amores con Zeus nació Afrodita.

llevada en rauda vuelo, de la tierra
el globo inmensurable penetraba
en sus ocultos senos la fecunda
semilla de los besos derramando,
cual nuevo Triptolemo⁷, y por tres veces
una voz resonó jamás oída:
De aquí la mies feliz para el doliente
mortal nació, de aquí la medicina
bálsamo de mis males. Yo os saludo
una y mil veces, besos regalados,
de las que fecundó cándidas rosas
Citeres con sus labios⁸ producidos;
de esta mísera llama refrigerio
yo soy vuestro cantor. Vuestros loores
resonará mi lira en cuanto dure
de las Nueve el honor y de Helicon⁹,
en tanto que de Eneas y su amada
estirpe en la memoria se gozare
el retórico Amor, y en el idioma
numeroso de Roma se explicare.

*El beso primero en verso de
romance (segunda traducción)*

Cuando Venus llevó a Ascanio
dormido a la alta Cytera
púsole en un blando lecho
de rosas y violetas.
De blancas rosas esparce
al derredor lluvia inmensa
que de súaaves olores
todo aquel recinto llenan.

⁷ Triptolemo. Hijo de Celeo, rey de Eleusis y de Metanira. En agradecimiento a la hospitalidad que Deméter, diosa de la agricultura, había recibido en casa de Celeo, dio a Triptolemo un carro y unas espigas de trigo con el encargo de recorrer el mundo para dar a conocer a los hombres la agricultura.

⁸ Gómez de la Cortina transcribe «su labio».

⁹ Helicon. Se refiere al Helicón, monte muy arbolado de Beocia consagrado a las Musas, en el que se encuentran las fuentes de Aganipe y de Hipocrene, cuyas aguas provocaban la inspiración poética de cuantos las bebían.

Allí entonces de su Adonis
la llama se le renueva,
y el ardor mal extinguido
se difunde por sus venas.
¡Cuántas veces en sus brazos
al nieto estrechar quisiera!,
y, ¡cuántas enternecida
dijo: tal Adonis era!¹⁰.
Mas temiendo si al infante
quizá sus besos despiertan,
en las rosas los estampa
que el florido lecho cercan.

Viéraslas tornar ansiosas
su cáliz al aura lenta
que la amante diosa espira
de su linda boca. Vieras
cuantas rosas ella toca
tantos besos nacer de ellas
de que la diosa recibe
multiplicada cosecha.
Mas ya en sus cándidos cisnes
con raudo vuelo se eleva
por el éter circuyendo
los ámbitos de la tierra.
Y cual nuevo Triptolemo¹¹
la semilla esparce nueva
y tres veces nunca oída
fatídica voz resuena.
De aquí nació para el triste
mortal la feliz cosecha,
de aquí el bálsamo süave
medicina de mis penas.

Yo os saludo, amables Besos
de las rosas que Citera¹²
humedeció producidos,
solaz único en mis penas.

¹⁰ Gómez de la Cortina transcribe: «Así mi Adonis era».

¹¹ Ver nota 7.

¹² Ver nota 1.

De vuestras glorias mi lira
resonará en cuanto sea
célebre la doble cima
de Helicón y las Camenas¹³.
En cuanto el amor se goce
con la estirpe de su Eneas
y en los númenes¹⁴ se explique
de su dulcísima lengua.

II

Como la vid al álamo vecino
lasciva yedra al encumbrado roble
con sus inmensos brazos retorcida
estrechan amorosos;
así mi cuello estrecha con los tuyos:
que yo a tu cuello en sempiterno lazo,
besándote sin fin, Dórrila bella,
quiero ceñir los míos.
Ni los dones de Baco amigo entonces
ni los de Ceres¹⁵ fueran poderosos
ni el regalado sueño a distraerme
de tu rosada boca.
Sino que en mutuos besos juntamente
espirando los dos la misma barca
nuestras almas amantes llevaría
a la mansión de Dites.
De allí cruzando por amenos valles
y odoríferos campos donde reina
perpetua primavera, al venturoso
lugar aportarían,
donde los héroes en amor insignes,
por siempre a sus amadas reunidos,
cantan himnos alegres, alternando
con la festiva danza.

¹³ Gómez de la Cortina transcribe: «De Helicón con sus Camenas». Las Camenas eran ninfas de la antigua Italia, identificadas más tarde con las Musas griegas. *Camēnae* significa «diosas de los encantamientos», por lo que, con el tiempo, se les llegó a atribuir el poder despertar el sentido de la adivinación, llegando de esta forma a convertirse en diosas de la poesía.

¹⁴ Gómez de la Cortina transcribe «números».

¹⁵ Variante de Juan G. González: «Ni de Ceres entonces, ni de Baco / los gratos dones».

Allí los mirtos, rosas, rubicundas¹⁶ clavellinas
esmaltan la pradera, y narcisos
de un bosque de laureles coronada
que halaga eternamente,
entre las ramas trémulas sonando,
el Céfiro süave: allí la tierra
de penetrante hierro no tocada
muestra el fecundo seno.
Allí presentes, el feliz congreso¹⁷
de Vates puesto en pie nos acatara
y entre la yerba y flores el más digno
lugar nos concedieran.
Las amantes de Júpiter, la hermosa
Tindárida¹⁸ su hija, no verían
con celos este honor que sobre todas
amando merecimos.

III

¿Por qué tantos desvíos?
Un beso pido, hermosa;
que ahora apenas hiciste
más que allegar tus labios a los míos¹⁹.
Después, como quien toca
con planta temerosa
serpiente venenosa,
amedrentada huiste,
tu boca retirando de mi boca,
y eso no es beso, Doris; no es, tirana,
dar de comer, sino excitar la gana.

¹⁶ Este verso no da la medida, o porque no fue revisado por el autor, o porque el copista cometió error de transcripción.

¹⁷ Variante de Juan G. González: «la dichosa turba».

¹⁸ Tindárida. Es Helena, hija de Zeus y de Leda, la esposa de Tindaro, de quien se había enamorado el dios del Olimpo, el cual, para conseguirla, tomó la forma de Cisne. Helena fue raptada por Paris, rapto que provocó la guerra de Troya.

¹⁹ Variante de Juan G. González: «ese tu labio al mío».

[Otra traducción de este mismo beso]

¿Por qué tantos desvíos?
Dame, Dórida, un beso, que no hiciste
con ese que me diste
sino llegar tus labios a los míos.
Después como el que toca
inopinadamente
mortífera serpiente
amedrentada huiste,
tu boca retirando de mi boca.
Y eso no es un beso en regla; no es, tirana,
dar de comer, sino excitar la gana.

Proyecto de traducción del Beso 3.º en dísticos

Dame, Dórida, un beso: tan sólo un beso, tirana
que ahora llegaste apenas ese tu labio al mío.
Después, cual si de súbito hubiera frígida sierpe
tu planta hollado, huyes despavorida.
Y eso no es beso, digo; no es eso, luz de mis ojos,
dar de comer, Dorila, sino excitar la gana.

Dame, Dórida [sic], un beso: tan sólo un beso, taimada:
que ahora llegaste apenas ese tu labio al mío.
Después, como el que súbito, si oyó mortífera sierpe,
retrocede espantado: torces [sic] el rostro esquiva.
De mí tu labio apartas; y eso no es beso: no es eso
dar de comer, Dórida, sino excitar la gana.

El mismo. Anacriónica [sic]

Dame un beso, uno solo
que en ése no hubo, Anarda,
sino allegar al mío
tu labio de pasada.
Y después cual si hubieras
tal vez hollado incauta
mortífera serpiente
huyes amedrentada.
Tu labio me retiras
Y eso no es beso, ingrata;
dar de comer no es eso,
sino excitar la gana.

IV

No da besos Dorila, que da néctar,
da al ánima suavísimos olores
de cinamomo y nardo y de tomillo
y miel, cual del Himeto²⁰ en los collados
liba la abeja en las cecropias²¹ rosas
y lleva luego a las virgíneas celdas
de las tejidas mimbres defendidas.
Que si muchos me diese, al punto mismo
me hicieran inmortal, y con los Dioses
tuviera asiento en la celeste mesa.
Mas ten allá, Dorila, tus halagos,
guarda tus dulces besos, o conmigo
ven a ser inmortal; que yo no quiero
gozar sin ti de la celeste mesa.
No, aunque los dioses, Jove destronado,
el cetro me ofreciesen del Olimpo.

V

Cuando en tus brazos cándidos me estrechas,
Dorila hermosa, y a mi cuello asida
tu seno y rostro inclinas sobre el mío,
 acá y allá meciéndote:
que a mis labios los tuyos allegando,
con sũaves mordiscos acometes,
y en justa pena vuelves de los míos
 lastimada quejándote;
cuando tu lengua trémula, vibrando
a un lado y a otro lucha con mi lengua,
de aquel humor suave que destilan
 las dos saboreándose;
que, yo aspirando de tu blando aliento
el aroma divino, delicioso,
refrigerio, sustento, prenda amada,
 de ésta mi vida misma;

²⁰ Himeto. Montaña de Grecia, en el Atica, al SE de Atenas. Fue famosa por su excelente miel y sus canteras de mármol.

²¹ Cecropias. La cecropia es un género de plantas arbóreas o arbustivas latescentes, de hojas alternas, de la familia de las moráceas. Aquí está usado como adjetivo determinante de rosas.

al ánima que ya desfallecida
del excesivo ardor que lentamente
mi pecho iba extenuando y consumiendo
 los vitales espíritus,
tú, bella Doris, con el aura leve
de tu divino aliento reanimas
moderando el ardor que penetraba
 mi pecho hasta las médulas.
¡Oh grato refrigerio!, digo entonces;
¡oh ya extinguida venturosa llama!,
y, Amor, exclamo; Amor es solamente
 el númen de los númenes,
y de los dioses no hay amor ninguno
y si alguno mayor, o dios o diosa,
deidad hay por ventura, ser no puede
 otra que tú, mi Dórina.

VI

En dos mil besos, Dorila
de los más saboreados
fue el trato ayer: mil me diste,
tu has recibido otros tantos.
Llevaste el número, prenda.
Confiésolo; pero, ¿cuándo
en cuentas de amor has visto
andar con tanto más cuanto?
Quien las espigas contase,
¿alabaría un sembrado?
Y contadas, ¿serán muchas,
me di, las flores de un campo?
¿Quién jamás por mil racimos
te hizo votos, padre Baco?
Ni a ti, dios de las florestas,
por mil panales contados²².
Cuando Júpiter piadoso
manda su rocío grato
al mustio valle, las gotas
que han caído²³ no contamos.

²² Para Gómez de la Cortina, este verso y el anterior son también una interrogación expresada así con el correspondiente signo de puntuación.

²³ Gómez de la Cortina transcribe «cayeron».

Así también
cuando el fiero

Bóreas²⁴ el aire agitado²⁵
brama horrendo, e iracundo
empuña Jove sus rayos,
manda confuso el granizo,
cielo y tierra conturbando,
ni²⁶ sabe cuántas comarcas
destruye y cuántos sembrados.
Que a la majestad del númen,
de los dioses soberana²⁷,
conviene así; en abundancia
mandar todo, bueno y malo.
Y tú siendo diosa, y diosa
más bella de la que trajo²⁸
el mar en la vaga concha
por senderos azulados,
los besos, celestes dones,
me vas, cruel, descontando;
pero no mis tristes ayes
ni mis gemidos amargos.
No las lágrimas que siempre
cual torrente derramado
se desprenden de mis ojos
el rostro y pecho inundando.
Pon mis lágrimas en data,
pon tus versos²⁹ en el cargo,
rebaja dellos los míos,
y verás cuánto te alcanzo.

²⁴ Bóreas. Dios griego del viento norte y de las tormentas, hijo de Eos, la Aurora, y de Astreo, el Cielo estrellado.

²⁵ Gómez de la Cortina transcribe «agitando».

²⁶ Menéndez Pelayo transcribe «no».

²⁷ Gómez de la Cortina transcribe «soberano».

²⁸ Menéndez Pelayo transcribe «que la».

²⁹ Gómez de la Cortina transcribe «besos».

Lágrimas innumerables
son las que por ti derramo:
dame sin número besos,
y cuenta nueva con pago.³⁰

VII

Cien besos cien veces
mil veces cien besos,
de besos mil miles,
y tantos mil cuentos
como gotas de agua
tiene el mar inmenso,
arenas la playa,
estrellas el cielo;
en tu linda boca,
locuaces ojuelos,
purpúreas mejillas
y cándido seno³¹,
hermosa Dorila,
te diera yo arreo³²,
todos de seguida,
sin tomar aliento.
Sí, Dófila hermosa;
pero tiene un pero:
que vecino tanto
al cándido seno³³,
a tu labio rojo³⁴,
locuaces ojuelos,
mejillas de rosa
estoy cuando beso;
que ver no es posible
ni el cándido seno³⁵,

³⁰ Menéndez Pelayo pone puntos suspensivos (...) tras la conjunción y.

³¹ Gómez de la Cortina transcribe «túrgido seno».

³² Arreo. Aquí es adverbio de modo y significa «sucesivamente, sin interrupción».

³³ Ver nota 31.

³⁴ Gómez de la Cortina transcribe «tus labios rojos».

³⁵ Ver nota 31.

rosadas mejillas,
 locuaces ojuelos.
 Ni la blanda risa
 con que cual el velo
 de la parda nube
 disipa el sol bello,
 y en su coche de oro ³⁶
 el puro sereno ³⁷
 corre, de su lumbre
 los orbes hinchendo;
 también tú, sol mío ³⁸,
 destierras acerbos
 suspiros del alma,
 cuidados del pecho.
 Mis ojos y labios,
 ¿por qué tan opuestos?
 Si beso, no miro;
 si miro, no beso.
 Más quisiera a Jove
 de rival perpetuo:
 pugna entre mis ojos
 y labios no quiero.
Riyose Dórila,
y dijome, necio,
retírate un poco
entre beso y beso. ³⁹

³⁶ Menéndez Pelayo transcribe «carro de oro».

³⁷ *Ibidem*, «paso sereno».

³⁸ Juan G. González ofrece de éste y de los inmediatos anteriores versos la variante siguiente:

«disipa el sol bello
 cuando en su carroza
 el puro sereno
 corre, de su lumbre
 los orbes hinchendo;
 tú, sol de mis ojos».

³⁹ *Ibidem*, en nota, p. 38, del manuscrito: «Añadido para ajustar las paces partiendo la diferencia ya que no le ocurrió al buen Holandés, aunque tan práctico en la materia». El Marqués de Morante dice «autor» en lugar de «buen Holandés», y Menéndez Pelayo, «Añadidos estos cuatro versos» por «Añadido», y «no se le» por «no le».

VIII

¿Qué furor te ha llevado,
Dórida, amada prenda,
con feroces mordiscos
a destrozar mi lengua?
¿Acaso no bastaban
las heridas sangrientas
que hizo Amor en mi pecho
con sus agudas flechas?
¿Sino también quisiste
llevar tu violencia
hasta clavar los dientes
en mi inocente lengua?
¿La que al alba, al sol puesto,
y mil noches acerbas,
y mil amargos días
cantaba tu belleza?
Ésta, si no lo sabes,
¡oh tirana!, es aquella
que del rubio cabello
las ondulantes hebras,
tus ojuelos alegres,
tu cuello de azucena
y el seno de alabastro
de continuo celebra,
la que tu nombre amado
elevó a las estrellas
del polo ingrato a Jove
a la zona desierta,
donde mis blandos versos
fama te den eterna,
porque fuiste mi gloria,
mi delicia, mi prenda,
mi cándida paloma,
mi tesoro, mi tierna
tortolilla, mi Venus
con harta envidia de ella.
Acaso fue de industria
extendiendo, soberbia,
que sin lesión alguna
sin el furor que engendra,
nunca debidamente
yo celebrar pudiera

los ojillos parleros
y el cuello de azucena,
y los purpúreos labios
y las doradas trenzas
y aun el acerbo diente,
que yo llamaba perla.
«Cante si, balbuciente,
con furor el poeta»,
así dijiste. ¡Oh vano
poder de la belleza!

IX

No siempre muchos, ni humecidos [sic]
del que sabroso tu linda boca
licor destila, me des los besos:
ni con tu risa mezclados vengan,
ni moribunda sobre mi cuello
tu rostro inclines. Sin la discreta
justa medida, las cosas dulces
el alma enervan y tristemente
tocan el límite ya del fastidio.
Cuando te pida yo besos nueve,
rebaja siete: dos sólo quiero,
rápidos ambos, no de los óptimos
humedecidos del que entre perlas
licor destila tu linda boca.
De aquellos, digo, que da al telígero⁴⁰
Cintio su hermano la casta Diana,
de los que al padre da honesta virgen
de amor impúdico no sabidora.
Tú que lo eras, evita luego
como los dieres la vista mía:
y a los recónditos ángulos íntimos
luego a esconderte con pie ligero.
Allí alcanzándote, de aquestas manos
verás la fuerza y el señorío.
En ti cautiva he de lanzarme
como en su presa cazador férvido,

⁴⁰ Telígero. Neologismo construido sobre *telum* «arma arrojadiza», y *gero*, «llevar, portar», el cual referido a Apolo, llamado aquí Cintio por el lugar donde nació, significa «portador de armas, de flechas», ya que, como se sabe, Apolo es también el dios de los arqueros.

y halcón altivo de corvas uñas
en la indefensa paloma tímida.
Tú suplicante, las manos cándidas
humildemente pondrás tendidas:
luego, colgada del cuello mío,
los siete besos que me negaras
condicionados querrás pagármelos.
Te engañas, misera; que no se paga
ni con el séptuplo tanta malicia.
Yo de mis brazos porque no huyas,
al cuello inhiesto haré cadena,
hasta que, absueltos los besos todos,
jures por todas las gracias tuyas
que por tal crimen la misma pena
mil y mil veces llevar quisieras.

X

No sé qué especie de besos
me sientan mejor: me cuadran
los que en mi boca la tuya
humedecidos estampa.
También los rápidos, secos,
tienen para mí su gracia:
su calor templado suele
penetrar a las entrañas
con los que, puestos en blanco
tus ojuelos, me regalas,
tósigo y bálsamo a un tiempo
el mal que hicieran lo sanan.
Si tus mejillas de rosas,
si tu cándida garganta
y tus hombros y tu seno
sobre los míos descansan,
en tus mejillas de rosa,
tus hombros, seno y garganta
huelgo de ver de mis besos
allí la lívida estampa.
O si con trémulo labio,
lengua con lengua trabada,
extraes el humor, en una
confundiéndose dos almas,
y a cada cuerpo, no suyo,
una y otra se trasladan;

cuando amor está ya dando
las últimas boqueadas,
todos los besos, pausados,
breves, lánguidos me agradan;
ya les dé, ya los reciba
de tu boca resalada.
Mas tus besos con los míos
no han de tener semejanza:
cada cual de su manera
ha de usar, siempre variada.
Y si no acertare alguno
en su vez a variarla,
sea esta ley por ambas partes
rígidamente observada.
Que la vencida, ella sola
tantos y en maneras tantas
dé a la otra, como dieron
y recibieron entrambas.

XI

Dicen que besos canto
lascivos, deshonestos,
cual nunca nuestros padres
adustos conocieron.
Cuando yo entre mis brazos,
vida hermosa, te tengo
y absorto en tus caricias
muertecito me quedo,
cuando estoy de manera
que ni oigo, ni veo,
¿lo que de mí se diga
ha de tenerme inquieto?
Riyóseme Dófila,
oyendo decir esto,
y con sus bellos brazos
ciñóme en torno al cuello,
y estrechamente unida
conmigo, me dio un beso,
que mejor nunca Marte
lo recibió de Venus.
Y dijome: no temas
los juicios severos
del vulgo, que esta causa
toca sólo a mi fuero.

XII

¿Por qué ese ceño, matronas púdicas,
vírgenes castas? No canto anécdotas
de dioses lúbricos, ni vuestros ojos
verán imágenes aquí de escándalo.
No hallarán cláusula que a sus discípulos
inocentillos mostrar no puedan [sic]
dómine rígido desde la cátedra.
Casto ministro del coro Aonio ⁴¹,
yo sólo canto besos purísimos.
¡Y las matronas y castas vírgenes
tuercen el rostro! Acaso, ¡imbéciles!,
del libro el rótulo pudo asustarlas
y algún epíteto menos devoto
que en tanto número pudo escapárseme.
Id de aquí lejos, turba selvática,
matronas rígidas, vírgenes párvulas.
¡Cuánto más púdica mi bella Dórila,
cuando mis besos yo recitándola,
tiñe de púrpura su rostro cándido,
y cual vosotras también lo tuerce
vergonzosilla..., como diciéndome,
bien los recitas; hora [sic] estámpalos.

XIII ⁴²

Lánguido yo, rendido
después de una campaña
amorosa yacía,
yo al tuyo y tú a mi seno recostada.
Todo en mis secos labios
el aire que alentaba
consunto, mal pudiera
dar refrigerio nuevo a mis entrañas.

⁴¹ Aonio. Hijo de Poseidón y antiguo rey de Beocia. De él toma nombre el pueblo de los ánoes, y la parte del país situada en los confines de la Fócida, llamada Aonia. En esta región se encontraba la fuente de Aganipe (ver nota 9), razón por la cual las Musas eran llamadas también Aonides, o *Aoniae sorores*.

⁴² Menéndez Pelayo dice ser éste el Beso XII. También nuestro manuscrito asigna este mismo número al texto latino.

Ya el Estigio y la triste
mansión, al sol negada,
ante mis ojos vía
y del viejo Carón la negra barca.
Cuando mis secos labios
tú con el aura blanda
de un beso refrescastes [sic]⁴³
arrancado de lo íntimo del alma.
Beso que a retraerme
bastó de la morada
tenebrosa de Pluto,
y que el viejo Carón sin mí remara.
Dije mal: no va solo
remando con su lancha⁴⁴,
a los flébiles manes
navegando mi sombra va liviana,
sino que en este cuerpo
vive parte del alma
tuya, mi bien, y el tuyo⁴⁵
que iba ya deslizándose afianza.
Mas, con todo impaciente
la mezquina se afana
por desasirse, y triste
sigue la vía de la oscura estancia.
Que si el remedio usado,
de un beso tuyo el aura,
no la conforta, el nudo
romperá al fin que ya se deslizaba.
Pues aplica a los míos
tus labios, adorada,
que siempre un mismo aliento
reparador aspiren nuestras almas.
Hasta que al fin, Dorila,
ya de gozar cansadas,
si bien no satisfechas,
con los dos cuerpos se confundan ambas.

⁴³ Gómez de la Cortina transcribe «refrescaste», y Menéndez Pelayo, «refrescante».

⁴⁴ Menéndez Pelayo transcribe «barca».

⁴⁵ Gómez de la Cortina transcribe «nudo».

XIV

¿A qué me presentas
tu purpúreo labio,
ingrata Dorila,
dura más que el mármol?
Besarte no quiero
que tus besos hallo
insípidos, tristes,
tímidos, forzados.
Con ellos furioso,
en deseos vanos
todo me consumo
y mísero ardo.
¿Huyes? Mas no, espera:
no me sean negados
esos tus ojuelos,
ni el purpúreo labio.
Ya quiero besarte,
dura más que el mármol...
Ay, no; que es muy más blanda que plumilla
blanda de blando cisne mi Dorila.

XV

Medía ya la puntería
y a la sien el arco abrazado
iba a lanzar, bella Doris,
Amor contra ti su dardo.
Mas vio la frente y en ella
los cabellos derramados
y tus inquietos ojuelos
amores centelleando.
Vio tus rosadas mejillas,
y la risa de tus labios
y ese, de su madre envidia,
vio tu seno de alabastro.
De sus manos ternezuelas
cayéronse los dardos,
y dando una carrerilla,
fue a posar en tu regazo.
Y en tus mejillas de rosa
y en tu seno y en tus labios
estampó mil dulces besos

de mil modos variados,
que a lo interior de tu pecho
el aroma deslizaron
de los mirtos y el süave
licor de Chipre⁴⁶ y de Pafos⁴⁷,
y por su madre juraba,
y por los númenes altos
que nunca, nunca sus flechas
asestaría en tu daño.
De aquí procede el aroma
de tus besos y el encanto,
y el rigor, no es maravilla,
de ese tu pecho de mármol.

XVI

Dórida [sic] bella más que la cándida
lumbre de Cintia, más que la estrella
de Venus áurea; hermosa, dame
dame cien besos.
Cuantos al ávido vate dio Lesbia,
de él recibidos; cuantos amores
en tu purpúreo labio revuelan,
y en tus mejillas.
Cuantas evitan y dan tus ojos
vidas o muertes, cuantos temores
dan y esperanzas, cuantos amantes
por ti suspiran.
Cuantas sâetas en este pecho
lanzó mortíferas la dura mano
del dios alígero; cuantas reserva
su aljaba de oro.
Con ellos vengan la grata risa,
con todo el séquito de los halagos,
blandos murmurios, palabras dísticas,

⁴⁶ Chipre. Isla del Mediterráneo oriental. En ella se veneró a Astarté por influencia de los fenicios que la colonizaron. Su clima y producciones son de tipo mediterráneo.

⁴⁷ Pafos. Ciudad griega situada al suroeste de Chipre. Debió su fama al santuario que erigió en honor de Venus (Astarté).

leves mordiscos.
 Así arrullándose dos tortolillas ⁴⁸
 con sus picuelos alternan, cuando
 al primer hálito de los Favonios ⁴⁹
 ceden los Áfricos.
 Tú reclinándome ⁵⁰ contra mi seno,
 perdida, exánime, tus luces lánguidas
 puestas en blanco, dirás estréchame,
 que yo fallezco.
 Y entre mis brazos yo comprimiéndote,
 y al tuyo frígido mi seno cándido,
 con el espíritu de un largo beso
 te daré vida.
 Hasta que exhausto yo con el beso
 tan prolongado, perdido, exánime,
 caiga en tus brazos, también pidiéndote
 que me sostengas.
 Y entre tus brazos, así estrechándome,
 y al tuyo cálido mi seno frígido,
 con el espíritu de un largo beso
 me darás vida.
 Así gocemos, mi bien, unidos,
 la edad florida, antes que pálida
 vejez nos traiga cuidados misereros,
 cuitas y muerte.

XVII

Cual rosa del aljófara ⁵¹ cristalino
 de la noche bañada, al primer rayo
 del sol despliega su color purpúreo;

⁴⁸ Variante de Juan G. González: «amantes tórtolas así arrullándose».

⁴⁹ Favonios. Los vientos eran cuatro coincidiendo, por su procedencia, con los puntos cardinales: 1) el Noto o Austro, del Sur; 2) el Bóreas (ver nota 24), del Norte; 3) el Céfito o Favonio, del Oeste; 4) el Euro o Vulturno, del Este. Junto a estos cuatro principales se conocen también otros secundarios entre los que señalamos el Áfrico procedente de la región intermedia entre el Austro y el Favonio.

⁵⁰ Debiera decir «reclinándote».

⁵¹ Aljófara. Entre las acepciones de este término: «perla, o conjunto de perlas, pequeñas y de forma irregular», y «gota de rocío», está tomado aquí según el último significado.

así los labios de mi ninfa bella
 amanecen después que en prolongada
 noche feliz del néctar de mis besos
 regados fueron: el carmín realza
 la nieve de su rostro, cual si viste
 clavel ardiente en blanca mano y pura.
 Así aparece la cereza nueva
 en la vestida rama cuando mayo
 cede sus galas al estío ¿Por qué, ¡ay triste!⁵²
 cuando recibo de tu linda boca
 tan resalados besos, de tu lecho
 es forzoso partir? Al menos guarda,
 guárdame, hermosa niña, de tus labios
 el matiz suavísimo hasta tanto
 que la callada noche a ti me vuelva.
 Mas si de un otro besos recibieren,
 al mismo tiempo pálidos se tornen
 cual amanecen las mejillas mías.

XVIII

Cuentan que Venus viendo los labios
 de mi adorada, cerco brevísimo
 que en su figura releva cándida,
 cual busto ebúrneo donde curiosa
 mano engastase corales nítidos,
 bañada en lágrimas así convocá
 sus Amorcillos, y lamentándose,
 ¿qué sirve, díjoles, si por sentencia
 de un pastorcillo, de mis purpúreos
 labios en Ida como las otras
 diosas rivales fue la victoria?
 ¿Si por sentencia ya de ese vate
 vencida quedo de una tal Dórida?
 Id a ese réprobo, y de mortíferos
 dardos la aljaba bien abastada,
 en lo más hondo del tierno pecho
 fieros lanzádselos; que al despedírselos,
 con gran estrépito retiemble el arco.

⁵² Este verso no da la medida, o porque no fue revisado por el autor, o porque el copista cometió error de transcripción.

Mas sus ardores ella no sienta:
frígida flecha de plomo alcánzela,
y que a sus venas consumiéndose,
lleve su inercia súbito hielo.
Así fue, Dórida: hasta las médulas
penetró el fuego de que son pábulo
ya mis entrañas. Tú circuida
de hielos ásperos el pecho indómito,
como a los ímpetus del Adria horrisonos
o del mar Sículo roca firmísima,
segura ries, y este tu amante
de haber loado tu labio rojo
sufre la pena ¡Ay!, que no sabes,
mísera Dórida, por qué desamas,
ni cuánto puedan, o de los númenes,
o de Cyprina las iras émulas.
Pon la soberbia, y al rostro plácido
de hoy más conformes sean tus propósitos.
Llega esos tus labios dulcísimos,
de mis dolores causa inocente,
a estos mis labios, con que extrayéndome
parte del tósigo de que son pábulo
ya mis entrañas, en amorosa
llama recíproca ardas y goces
connmigo a un tiempo; y tú a los númenes
ni a Venus temas que a las hermosas
los mismos dioses rinden su cetro.

XIX

¿Por qué en las purpúreas rosas
y en el tomillo, abejas,
y en la temprana violeta
la miel libáis todavía?
¿Por qué al eneldo oloroso
y al narciso, simplecillas,
revoláis? Todas al labio
venid de la prenda mía,
que ella sola del tomillo
y de las rosas espira,
del jacinto y violeta
el aroma y ambrosía.

Del eneldo se difunde
lejos el aura benigna
con el verdadero llanto
de Narciso humedecida.
Bañada también la sangre
de Jacinto, con la misma
brillantez que ambos licores
cuando cayeron tenían,
cuando del etéreo néctar
y aire puro confingida,
se esparció por todo el suelo
de las flores la semilla.
Mas no me neguéis, ingratas,
de aquella su boca linda
libar la miel; que por socio
me toca una partecita.
Ni avaras querréis tampoco
colmadas vuestras celdillas
tener siempre; porque entonces
sus labios se agotarían.
Y refrigerio no hallara
más la pena merecida
por revelar el secreto
en ellos la boca mía.
Y guardaos bien de ofenderla
con vuestra flecha maligna,
que agudas, más y mayores
de sus ojos ella vibra.
Y cierto que sin venganza
nunca dejará la herida.
Llegaos y blandamente
libad la miel, abejillas.